

Siéntese, por favor...

Por **Vanessa Pernía Arias**

Domingo, 05 Julio 2015 15:56, Periódico Ahora, Holguín, ISSN 1607-6389

Dos de la tarde. El ómnibus no llega y la parada, como es usual, está saturada de personas, mientras el intenso calor y los tropiezos del día agotan la paciencia de cualquier transeúnte. Dentro del ómnibus hay demasiado personal; hasta en la cabina del chofer han ocupado un espacio, pues “todos necesitamos viajar”.

“Atrás está vacío”, dice el chofer. Casi todos tratan de correrse para que nadie quede abajo, pues hay quienes se detienen casi en la puerta, porque “nos quedamos en la otra parada”, se justifican. En el fondo del carro, una anciana, con más de 80 años de edad, va de pie. Frente a ella, un estudiante preuniversitario sentado, disfruta con sus “súper audífonos” lo último de la “buena música” del momento.

Detrás de la anciana, dos mujeres comentan en tono recriminatorio: “la juventud está pérdida, día a día se van desgastando los valores humanos en nuestra sociedad, si hubiera sido en otros tiempos ya esa compañera estuviera sentada; eso es culpa de las escuelas, no los educan como debe ser; y para colmo, en una familia disfuncional te puedes encontrar al padre borracho y la madre prostituta...” Resuenan como tópicos recurrentes, que guardan su poco de razón.

Escenas como estas se repiten todos los días, cuando una dama necesita un asiento al abordar un ómnibus; al procurar ayuda una anciana antes de cruzar una avenida peligrosa; o al pasar por una esquina y un joven “atractivo” lanza dos o tres palabras obscenas. La particularidad de estas historias se encuentra en la pérdida o la degradación de los valores humanos, fundamentalmente en la juventud de la sociedad cubana actual.

La familia, desde el patriarcado, es la célula fundamental de la sociedad. No importa la edad que tengamos, el cargo que ocupemos, el estatus social que disfrutemos; sin temor a equivocarnos podríamos denominarla como el refugio espiritual donde se socializan los conocimientos, las alegrías, emociones y tristezas de los mejores y peores momentos, y la que nos aconseja o sugiere cómo debe ser nuestra actuación cuando entramos en conflicto y no sabemos o no estamos seguros de cuál es la mejor opción en el camino a seguir.

Es, además, donde se producen procesos básicos: la expresión de sentimientos, adecuados o inadecuados, la personalidad del individuo y los patrones de conducta; todo esto se aprende en la dinámica familiar y los que así aprendan enseñarán a la vez a sus hijos, más o menos del mismo modo en que ellos fueron enseñados. Así, lo que aprendamos de niños y adolescentes en esta célula básica llamada familia, será modelo a calco de la siguiente "célula" que seamos capaces de crear al conformar nuestra propia familia. Y de esta conformación en cadena deviene la sociedad.

Otro factor decisivo lo conforma la escuela. A la escuela le corresponde desempeñar un papel determinante en la educación y formación de valores; para ello es necesario efectuar transformaciones en el trabajo educacional, por lo que resulta fundamental orientarlo de forma tal que posibilite potenciar en cada estudiante aquellos aspectos que le permitan desarrollar los valores humanos. Si los profesores no practican estas normas, es imposible reprocharle a los estudiantes su mal uso; ellos son ejemplo no solo en el aula, sino en su comportamiento social. En la práctica, y no en la prédica, está el valor de la enseñanza.

Así, la tríada familia-escuela-sociedad no deviene círculo fallido, con eslabones fragmentados y restos de oxidación. Quizás entonces el adolescente de los grandes audífonos alce la mirada y diga, sintiéndolo como un deber, "mire, señora, tome el asiento". Y las mujeres afirmen sonrientes, "la juventud no está tan perdida como parece, al menos todavía hay jóvenes con buenos modales, todavía hay un poco de educación".